

que Mariana no era tan feliz como se merecía. Porque, decía Pulqueria, esta pobre muchacha con sus doscientas y sesenta libras de renta no tiene sino lo absolutamente necesario para mantenerse; y así para poder socorrer á los pobres se ve obligada á trabajar continuamente, y como mamá dice, á ceñirse á lo puramente preciso; esto me causa disgusto, yo hubiera querido que á lo ménos pudiese hacer limosnas sin incomodarse.

Aquella noche á la hora de la tertulia la Marquesa de Clemira hablando con Pulqueria, le dijo: He oido esta tarde toda vuestra conversacion tocante á Mariana Rambour. ¿Por qué te pones colorada, Pulqueria... — Mamá... — Si sientes que yo oiga lo que hablas no lo has de hacer otra vez tan alto á diez pasos de mí... — ¡Ah! Mamá, nunca tendré nada oculto para Vd... — ¿Por qué, pues, te has puesto colorada? Vaya ¿qué respondes?... — Es porque á pesar de las reflexiones que Vd. nos hizo hacer ayer, me he mantenido en que la accion de Mariana no estaba bastante premiada, y ahora comprendo que he hecho mal en tēner una opinion contrária á la de Vd. — En efecto, debes creer que tu opinion nada vale cuando es distinta de la mia. Cuando no quedas convencida de la verdad de los principios en que procuro instruirte, me debes exponer tus dudas; siempre estoy pronta á oiros y á responderos. Por tanto, cuando no eres de mi parecer, apruebo que me lo digas, y no solo lo apruebo, sino que te lo mando. Pero diciéndolo á otros, faltas al amor y al respeto que me debes. Además, si no me has comprendido bien, no podré hacerte conocer tu error si no me hallo presente á la crítica que haces de mis discursos... — La crítica... ¡Oh mamá mía, qué expresion! — Quizá es demasiado fuerte. Pero en fin, ¿no has dicho que no te parecia que Mariana había logrado la recompensa que merecía, y que en esto no podias ser de mi opinion?... ¿Quieres ahora escuchar mis razones? — Con mucho gusto, y procuraré comprender bien lo que Vd. diga para pensar como Vd... — Lo que te desazona es que crees que Mariana no es del todo feliz... ¿no es esto?... — Eso mismo, mamá... — Lo que hace feliz á una persona verdaderamente piadosa, sencilla y laboriosa, á una persona cuya virtud llegue hasta el grado del heroísmo mas sublime, no es el dinero, porque la satisfaccion que produce una buena accion no consiste en la cantidad, sino en la intencion con que se da. Un buen corazon está del todo satisfecho

cuando socorre á los pobres con lo que le es posible. El rico benéfico da con mucho esplendor; el que es benéfico tambien, pero con pocos medios, da con mas gusto, porque aquel solo se ha privado de algunas vanas superfluidades, y este sacrificio tan brillante como poco penoso, hace que logre la estimacion general. Es feliz sin duda, y es digno de serlo; pero el pobre benéfico goza de una felicidad superior con mucho á la suya. Figuraos á Mariana de Rambour con sus doscientas y sesenta libras de renta; figuraos á esta celestial criatura obrando solamente por Dios y por su conciencia: vedla trabajar todo el dia para poder á la noche llevar á casa de un enfermo ó de una madre de familia la corta cantidad que ha ganado, y que debe suministrar el caldo para aquel pobre, ó el pan para cuatro ó cinco criaturas. Seguidla despues de esta accion, y la veréis volver á su casa humedecidos aun los ojos con las dulces lágri-



mas que ha vertido. Entra en su cuarto; su cena quizas será unas sopas, pero se dirá á sí misma: *el plato de que hoy me he privado ha dado el pan á cinco desdichados...* Esta reflexion llena su corazon de un placer delicioso. Trae á la memoria los agradecimientos de la pobre madre de familia, se figura que la está oyendo; aun le parece estar mirando las pobres criaturas arrojarse con ánsia sobre el alimento que en vano pedian hacia ya dos dias. ¡Oh cuánto debe estimar Mariana con semejantes recuerdos la frugalidad de sus comidas!... Acabada su cena ¡con qué confianza irá á pedir á Dios,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

á aquel Ser soberanamente bueno, que ha dicho! «Guardaos de «hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que las «vean, pues si así lo hacéis no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo<sup>1</sup>.» No ha tenido Mariana la felicidad y la gloria de sustraer á la miseria gran número de infelices. No ha formado establecimiento alguno útil ó permanente, no ha fundado ningun hospital, pero ha dado en secreto, y lo que ha dado ha sido parte de lo que le era necesario. No ha buscado ni las alabanzas, ni la aprobacion de los hombres; solo ha tenido por norte la religion y la humanidad; sus reflexiones, su interior, el recuerdo de lo que ha hecho, y sobre todo las cosas de que se ha privado, son para ella un manantial inagotable de felicidad; en una palabra, disfruta en la tierra parte de la inmortal felicidad de los Bienaventurados en el cielo; está contenta de sí misma, y segura de que Dios la aprueba y la protege. Por lo dicho podréis comprender que si Mariana hubiera tenido suficientes medios para socorrer á los pobres sin cercenar algo de lo que le era necesario, no le hubieran causado sus limosnas tanta satisfaccion, puesto que su mérito en este caso hubiera sido menor; podéis juzgarlo por vosotros mismos. El otro día te enviaron una cestita de manzanas, que repartiste con tu hermano y tu hermana. Antes de ayer Magdalena te trajo un corderito blanco, tu hermana tuvo ganas de él, y tú se lo diste. ¿Cuál de estas dos acciones ha sido la que te ha dado mas gusto? — La de dar el cordero á mi hermanita. — No obstante sentias mucho quedarte sin él... — Sí, señora, pero por eso mismo inferia el placer que tendria mi hermana. Carolina, decia yo entre mí, no cabrá en sí de gozo si le llevo el corderito; con esto me figuraba su sorpresa, su alegría, y juzgaba que esto me daria mas gusto que no el guardarle para mí. Pedí á mi aya una colonia de color de rosa, adorné con ella mi corderito, y despues fui corriendo á buscar á mi hermana; en todo este tiempo el corazon me palpitaba con tanta fuerza... pero era de alegría, estaba tan contenta... — Ese dulce sentimiento es el que se experimenta al hacer un sacrificio generoso: cuanto mas grande es este, tanto mayor es nuestra satisfaccion; y por la alegría que experimentabas, figurádotela que tu hermana recibiria con el regalo del corderito, puedes

<sup>1</sup> Evang. de S. Mat. cap. 5.

juzgar del placer que se experimenta socorriendo á una familia infeliz, próxima á perecer de hambre y miseria. — Bien lo conozco, mamá; ¿pero cuándo nos dará Vd. el gusto de ir á socorrer á los desgraciados?... — El invierno que viene, cuando estemos en Paris, si de aquí á entónces os portáis bien... — Oh mamá, esta recompensa nos dará mas gusto que otra cualquiera... Pero no habiendo en Champcery nadie reducido á ese extremo de miseria, ¿cómo es posible que se encuentre en Paris, una ciudad tan hermosa, y donde hay tanta gente rica?... — Eso mismo es la causa de haber infinitos; tales son los funestos efectos del lujo, ó de la vanidad mas despreciable, queriendo lucir con loca magnificencia en vez de procurar distinguirse por la virtud: esta manía con que solo se logra ser aborrecibles á todos, y no nos produce ningun placer verdadero, es precisamente la causa por que se encuentran mas desdichados, mas infelices en las grandes ciudades que en los lugares mas pobres... — Solo esto deberia disgustarnos de las ciudades, y hacer apetecible la vida del campo. Pero, mamá, ¿cómo se ha de hacer para conocer esos infelices de que Vd. habla, pues bien sé que no son los mas dignos de lástima los que piden limosna, sino los que están enfermos que no pueden salir, ó se están en sus casas?... — ¡Ay, hija mia! Todo Paris está lleno, apénas se hallará una calle en que no se puedan encontrar infinitos... — ¡Oh Dios mio, es posible! Se pasa continuamente por delante de sus puertas, y los tenemos por vecinos... Ah, mamá, ¿cree Vd. que los haya en nuestra calle en Paris?... Si esto fuera no podria dormir. ¿Cómo es posible dormir sosegadamente pensando que quizá en la casa inmediata estará un pobre enfermo echado sobre un poco de paja?... — Conserva esa humanidad, hija mia, y cuando tengas dinero, si te sientes con deseos de emplearlo en superfluidades, acuérdate de la piadosa reflexion que acabas de hacer; dite á ti misma: con el dinero que emplearia en esta bagatela, de la que dentro de dos días ya no haré caso, puedo quizas salvar la vida de una criatura moribunda y la de su afligida madre... — ¡Ah! nunca emplearé el dinero en bagatelas... — No hagas esa promesa, por que verosíblemente no la cumplirás. Ceñirse á lo único necesario y dar lo demas á los pobres es efecto de una virtud que no es propia de vuestra edad. Contentaos con saber que esta virtud existe, y que ella sola puede dar la única felicidad verdadera que se halla en este mundo. Acostum-

braos desde ahora á reflexionar sobre la vanidad de los juguetes y chucherías, que regularmente en vuestra edad son el objeto de vuestros deseos. Considerad que el gusto que causan solo es momentáneo, gusto tan falso como poco permanente. Cuando por el contrario, la sola relacion de una bella accion os conmueve, os admira y os hace verter lágrimas... ¿qué sería, pues, si vosotros mismos la ejecutaseis?... Parad de cuando en cuando la consideracion en la multitud de infelices á quienes falta el pan, al tiempo mismo que vosotros arrojáis ó desperdiciáis el que se os da para merendar; en los que padecen todo el rigor del frio por falta de vestidos, cuando vosotros hacéis pedazos los vuestros para vestir una muñeca. Estas reflexiones abriendo vuestros corazones á la compasion, os harán tambien ser económicos; y sin la economía es imposible ser generosos : por tanto, acostumbraos desde luego á no desperdiciar cosa alguna; despues imponeos de tiempo en tiempo algunas cortas privaciones voluntarias; conseguid algun dominio sobre vosotros mismos; tened bien presente que sola la virtud nos puede distinguir, y que ella sola puede hacernos estimables, felices y queridos; finalmente, tened presentes estas conversaciones y las historias de nuestras veladas, con lo cual insensiblemente vuestras almas se elevarán, se perfeccionará vuestro juicio, os haréis verdaderamente benéficos, y seréis las delicias y la gloria de vuestra madre... — Desde ahora quisiera yo hacerla á Vd. feliz, querida mamá mia. ¿Pero es posible que no pueda yo ser bastante buena para sacrificar á los pobres todos mis caprichos?... — No es regular en tu edad ni en la juventud ser capaz de una reflexion bastante sólida para poder llegar al punto de perfeccion que dices. Hasta ahora nada has visto, todo es nuevo para ti, todo te gusta; pero cuando sepas ocupar con solidez, la mayor parte de las frioleras que ahora te agradan y te incitan, te parecerán insípidas; solo apreciarás lo que llega al corazon, y nada le satisface tanto como el uso constante de la beneficencia. Fuera de que no estamos obligados á dar á los pobres todo lo que nos sobra. El Evangelio nos manda que demos limosnas, pero no que nos despojemos enteramente para dar á otros. Es cierto que el que se penetrase perfectamente del espíritu del Evangelio, daria á los pobres cuanto posee; pero la religion no exige que sacrifiquemos á la humanidad todas las conveniencias de la vida, y sí solo el que pongamos freno á nuestros caprichos, para

que así podamos expiar nuestros deseos desordenados con acciones de bondad y beneficencia... — Ya he comprendido todo esto, dijo César. El que es medianamente bueno da una corta porcion de su sobrante; el que es bueno, bueno y compasivo, da mas de la mitad de ese sobrante; y el que es perfecto lo da todo... — Tu definicion es muy propia, y ahora si me dejáis acabaré la historia de ayer... — ¡Pues qué, exclamaron á un tiempo los tres niños, la historia de Mariana Rambour!... — No he dicho que se hubiese concluido : siempre me habéis interrumpido, y con vuestras preguntas no me habéis dado lugar á finalizarla. He procurado haceros comprender que en general las personas sin crianza son dignas de lástima cuando un suceso imprevisto mejora al parecer su suerte. Creo haber hecho ver á Pulqueria que Mariana Rambour debia ser feliz con doscientas y sesenta libras de renta; pero no he dicho que esta corta herencia fuese el único premio que el cielo habia dado á su virtud. Os he recordado aquella máxima de que : *jamas una accion heroica queda sin premio aun en este mundo.* Sobre esto notasteis todos la cortedad de una renta de doscientas y sesenta libras, sin informaros si no habia en efecto logrado otra recompensa. — Ahora comprendo que no se debe precipitar el juicio, y que ántes de dar su parecer es menester hacerse cargo de las cosas. En castigo mereceríamos que nos privase Vd. de lo restante de la historia de Mariana; no obstante lo sentiríamos mucho... — No temáis que lo haga, hijos míos. Me basta que forméis la resolucion de juzgar en lo sucesivo con ménos precipitacion y ligereza.

Pero volviendo á Mariana, supo en su retiro que el cura de S\*\*\* habia leído su carta en público; léjos de alegrarse, lo sintió infinito. Escribió sobre este particular al cura, diciéndole : « Me « ha sido muy sensible que haya Vd. hecho pública una accion « que yo deseaba que solo Dios y Vd. la hubiesen sabido. » Á pesar de lo sincero de su sentimiento todo Charleville supo la historia de Mariana. Las personas mas distinguidas de la ciudad quisieron verla, conocerla y llevarla á sus casas. Varios procuraron por todos los medios imaginables obligarla á recibir algun socorro, que en su situacion debia serle necesario. Pero Mariana lo rehusó constantemente, respondiéndole siempre que nada le hacia falta, y que estaba del todo contenta con su suerte. Finalmente, el cura de S\*\*\* hizo un

viaje á Paris, en donde habló várias veces de Mariana Rambour, contó su interesante historia á una señora, á quien tambien dió algunas cartas de Mariana, y una copia del auto de fundacion que hizo ejecutar. Esta señora entregó estos papeles á un literato amigo suyo para que los insertase en una obra curiosa que iba á dar al público. — ¿Pues qué, la vida de Mariana Rambour está impresa? ¡Cuánto me alegro que Mariana logre reputacion!... — Ya ves que á pesar de su modestia sale ya de la oscuridad que tanto amaba; pero escucha lo que falta... — Esto es lo mejor; el corazon me palpita... ¿y bien, mamá?... — Existe un jóven Príncipe, poco mas ó ménos de tu edad, César; solo tiene nueve años, y ya su genio promete la esperanza feliz de que sea un dia tan distinguido por sus virtudes y beneficencia como lo es por su augusto nacimiento: como vosotros, hijos míos, su mayor gusto es oír contar historias útiles, las escucha con ánsia, hacen profunda impresion en su corazon, y quedan grabadas en su memoria. Un dia el sugeto encargado de su educacion le refirió la historia de Mariana Rambour. Luego que acabó de contarla, exclamó el Príncipe llo-



rando: ¡Ah, y cuánto siento ser tan niño!... — ¿Por qué, señor? le preguntaron... — Daria una pension á esa virtuosa mujer... — Pero tiene V. A. un padre que le ama tiernamente... — ¿Le parece á Vd. que se la pida? — Sin duda alguna, y con eso le causará la mayor alegría... — Sin esperar á mas el Príncipe, enajenado, fuera de sí se levanta, sale corriendo de su cuarto, atraviesa un corredor,

baja con precipitacion dos escaleras, llega á una sala de billar, en la que habia ocho ó diez personas; pero solo repara en su padre, y á pesar de su natural encogimiento se arroja en sus brazos, diciéndole con voz trémula: *Papá, tengo que pedir á Vd. una gracia.* Le conduce á un cuarto inmediato, y allí expuso su peticion del modo mas tierno. Recibió en premio de su sensibilidad los tiernos abrazos de su padre, que estrechándole contra su pecho le dijo: *Voy á dar órden que se extienda en tu nombre el libramiento de una pension de seiscientas libras para Mariana Rambour.* — Ahora sí, interrumpió Pulqueria, que estoy contenta. ¡Oh qué Príncipe tan bueno, y qué contento estaria... — Él mismo quiso escribir á Mariana para darle esta noticia, y esta es su carta:

« S. L\*\*\*, Agosto 2 de 1782.

« Me cuento por feliz, señora, de que me hayan referido la acción que ha hecho Vd. movida de su lealtad para con madama de S\*\*\*, puesto que tengo el gusto de decirle hasta qué punto me ha penetrado. Querian hacerme ver cuán bella es la virtud, cuán digna es de ser amada, y para esto me han contado su historia de Vd. Le soy deudor de una leccion que jamas olvidaré, y de que siempre me acordaré con enternecimiento. Reciba Vd., señora, el libramiento de la pension de seiscientas libras que le envío, como una prueba de mi admiracion, y del vivo y tierno interes con que contribuiré toda mi vida á su felicidad.

« Hago incluir en esta el pago de doscientas libras por el primer tercio de dicha pension, que empieza á correr desde primero de Julio pasado. »

Juzgad, hijos míos, del efecto que esta carta produciria en el corazon sensible de Mariana, tanto mayor cuanto la órden que la acompañaba estaba puesta en los términos mas honoríficos y lisonjeros. Mariana el dia de hoy se halla rica para su clase, y goza de la estimacion general debida á su virtud. ¡Ah, mamá, qué historia tan bella!... ¡Cuánto quiero á este jóven Príncipe que ya es tan bueno!... — Creo que no tendréis ménos gusto en la velada de mañana, pero ya es tarde, y es menester concluir esta. — Una palabra tan sola, mamá. Qué título tiene la historia que nos quiere Vd. contar mañana? — *Eglantina, ó la indolente corregida.* — ¡Eglantina!

¡qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto muy grande... — Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entre tanto vámonos á acostar. Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ánsia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente.

### EGLANTINA

#### Ó LA INDOLENTE CORREGIDA



Doraliza, mujer de un director de rentas, gozaba de una fortuna cuantiosa; pero tenia demasiado talento y buen corazon para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabia que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es mucho mas en aquellos sujetos que no están obligados por razon de su clase á lucimiento alguno. No tenia joyas, su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacia buenas obras, y sus riquezas, léjos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacian que lograrse las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Nada en su casa aparentaba ostentacion, ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, anaba la sociedad. Y con el fin de formarse ó de tener una verdaderamente agradable, no habia dado preferencia exclusiva á una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo : no quiero ver sino gentes de tal ó tal empleo, ó no veré gentes de tal clase ó de tal empleo; ántes por el contrario, se habia determinado á recibir todos los sujetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazon, ó agradables talentos, de cualquiera clase que fuesen.

Tenia Doraliza una hija única; esta niña de edad de seis años manifestaba ya buen corazon; era humilde, obediente y sincera, no carecia ni de memoria, ni de inteligencia, pero era muy indolente; por consiguiente ni tenia actividad ni aplicacion. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa. — ¿Con que

la indolencia, interrumpió Carolina, causa todos esos defectos? — Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta flojedad que causa tedio para todo lo que podria fatigar, por poco que fuese, al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion ni se quiere correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razon se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona, ni se piensa en nada, y en este caso se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero á nada atendia de cuanto le enseñaban; de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenia con las cosas. En efecto, en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Mas queria perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desorden en su cuarto, todo con la mayor porquería. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó á lo ménos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla á levantarse : en seguida otro sermon sobre la torpeza con que solia estarse mas de una hora despues de levantada, y que se daba á conocer por sus repetidos bostezos : otro sermon sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina queria sentarse en vez de andar, y se quejaba ó del frio ó del calor. Lo mismo sucedia con las lecciones; nunca las daba Eglantina sin llorar, ó sin tener ganas de ello : las diversiones no le daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oír reprensiones por estos descuidos.

Tenia Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educacion, pero no tenia experiencia. La educacion de Eglantina era la primera á que habia presidido; en todas las cosas hay que pagar con faltas el aprendizaje, y en esta ocasion cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que podian resultar del defecto dominante de su hija (defecto á la verdad el mas dificultoso de destruir). Se lisonjeó que la edad y la razon